OBRA ABIERTA

SIMULACRO

Néstor Mendoza

Antología Personal

SESHAT
Editorial

SESHAT
Editorial

SIMULACRO

OBRA {ABIERTA

Libro n.° 15

Zeuxis Vargas Álvarez
Director

Fabio Vargas Ospina
Ilustrador

Fabio Vargas Ospina
Geison García Olivares
Alejandra García Mogollón
Nardy Muchicón Andela
Zeuxis Vargas Álvarez
Comité Editorial

Seshat editorial promueve la divulgación de los principales géneros literarios: *poesía, cuento, novela, ensayo, teatro, literatura fragmentaria, literatura infantil, literatura juvenil, crónica, reportaje, literatura académica y obras clásicas.*

La clasificación, edición, diagramación y organización de todos los materiales están pensados de la forma más placentera y eficiente posible, con un equilibrio de todos los elementos necesarios para cumplir con la finalidad de otorgar a cada lector una singular y selectiva biblioteca.

Autores nacionales e internacionales hacen parte de las posibilidades de estilos, registros y formas, estableciendo con ello una miscelánea rigurosa y contemporánea que permite la promoción de escrituras en constante evolución y que buscan transformar la lengua y enriquecer la literatura. Las ediciones, económicas y en formato rústico, cuentan con una presentación homogénea y agradable a la vista.

Todas las historias buscan atrapar lo etéreo, persiguen la magia, sueñan con lo imposible. La intención final de este proyecto es que la literatura pueda estar siempre al alcance de todos.

Bienvenidos a este mundo, el mundo de la **Editorial Seshat** protectora de los libros.

ZEUXIS VARGAS ÁLVAREZ
Director

NÉSTOR MENDOZA

SIMULACRO

Antología 2007 - 2020

Colección Obra abierta 2 - Vargas Álvarez, Zeuxis

Simulacro / Néstor Mendoza. -- Bogotá:
Seshat editorial, 2021

64 páginas; 23 cm. -- (Colección Obra Abierta 2)

1. Poesía colombiana 2. Obra Abierta 2- Poesía 3. Confesional - Poesía
4. Antología - Poesía 5. Poesía contemporánea - Colección

Simulacro

© De los textos, los autores
© Seshat editorial

Primera edición, 2021
Taller de Edición Seshat
Seshat Editorial

Colección Obra abierta 2, 2021
Creada por: *Zeuxis Vargas Álvarez*
Coordinación editorial: *Zeuxis Vargas Álvarez*
Corrección: *Zeuxis Vargas Álvarez*
Logos: *Geison García*
Imagen de portada: *descarga libre de los buscadores de la Web utilizada con fines culturales y accesoria respecto al contenido del libro*
Diagramación electrónica: *Zeuxis Vargas Álvarez*
Finalización del diseño: *Zeuxis Vargas Álvarez*
Correo: zeuxisva@gmail.com
Celular: 3104821715

Para reproducciones totales o parciales por cualquier medio, se debe contar con el permiso y/o autorización por escrito de Seshat editorial.
Tener en cuenta para cualquier uso de la obra la Ley 23 de 1982

Se distribuye bajo una Licencia Creative Crommons Atribución No comercial-sin derivadas 4.0 Internacional.

FOTOGRAFÍA: José Antonio Rosales

NÉSTOR MENDOZA

(Maracay, Venezuela, 1985).

Poeta, ensayista y editor. Licenciado en Educación, en la especialidad de Lengua y Literatura (Universidad de Carabobo). Cursó estudios de posgrado en Literatura Latinoamericana (UPEL). Ha publicado, hasta ahora, cinco poemarios: *Ombligo para esta noche* (Secretaría de Cultura del Estado Carabobo, 2007), *Andamios* (Equinoccio, Caracas, 2012), merecedor del IV Premio Nacional Universitario de Literatura 2011; *Pasajero* (Dcir Ediciones, Caracas, 2015); *Ojiva* (El Taller Blanco Ediciones, Bogotá, 2019), libro que cuenta con una edición alemana: *Sprengkopf* (Hochroth Heidelberg, 2019), con traducción de Michael Ebmeyer; y *Dípticos* (Editorial Seshat, Bogotá, 2020). Finalista del I Concurso Nacional de Poesía Joven «Rafael Cadenas» 2016. Compilador de la antología de poesía colombiana *Nos siguen pegando abajo* (LP5 Editora, Chile, 2020). Forma parte del consejo de redacción de la revista *Poesía* (Valencia, Venezuela) y del equipo de colaboradores de la revista bilingüe *Latin American Literature Today* (LALT), editada por la Universidad de Oklahoma. Su trabajo poético figura en algunas antologías internacionales y de su país, entre ellas, *Tiempos grotescos* (revista *Ritmo*, Universidad Nacional Autónoma de México, 2015); *Nuevo país de las letras* (Banesco, Caracas, 2016), *Antología de poesía iberoamericana actual* (ExLibric, Málaga, 2018), *Nubes. Poesía hispanoamericana* (Pre-Textos, España, 2019), *El vuelo más largo. Poesía hispanoamericana* (Ángeles del Papel Editores, Lima, 2020), *Espacio, me has vencido. Antología de poesía hispanoamericana* (El Ángel Editor, Quito, 2021) y *Voces orquídeas. Muestra de poesía venezolana contemporánea* (Fundación Pablo Neruda, Chile, 2021). Editor de El Taller Blanco Ediciones.

Finalista del XL Premio Internacional de Poesía «Juan Alcaide» (Ciudad Real, España, 2021).

PRÓLOGO

Anclado completamente a la realidad de su tiempo, pero siendo un lúcido conocedor de la tradición poética de su país y de la poesía universal, Néstor Mendoza ha venido creando una cosmovisión que atiende, sobre todo, a la reflexión constante de su relación con el mundo cotidiano e inmediato; de ahí que su poesía nos hable de todo aquello que contienen los vientres de esas bestias que son las metropolis. Néstor designa al verso un carácter que es inmediato al pensamiento, que establece lazos con una sofisticada forma de comprender cada fenómeno que se sucede entre él y el existir. Sabe, claramente, que la presencia y la realidad están determinadas por la impresión, la emoción y la conmoción. Poeta enorme, fija sus ojos en los grandes dilemas percibidos a traves de las pequeñas cosas: un andamio, un trozo de pescado. Su poesía descubre a la criatura que abre los ojos afuera de la caverna, aquella que, confundida, busca darle nombre a las cosas, pero sobre todo, que intenta entregarse a la búsqueda de un sentido. Pensar, parece decirnos Néstor en cada uno de sus poemas, conlleva al impulso de procurar saber qué somos, cuál es la finalidad última de nuestra sangre.

Continuamos la colección Obra abierta 2, con *Simulacro*, una muestra antológica de uno de los poetas jóvenes venezolanos que ha sido capaz de una poética innovadora, genialmente reflexiva.

Entrar en la colección Obra abierta 2, significa sumergirse en los registros variados e insólitos de los poetas colombianos más originales. Es dar con una llave secreta para ver el universo. Por ello, continuamos la misión de publicar lo mejor de la poesía, en esta ocasión con Simulacro.

Zeuxis Vargas
Director de la colección

A Geraudí, por el amor constante.

T40 (DEL SUR AL NORTE DE BOGOTÁ)

Cómo lidiar con estas sucesivas capas de frío,
diferenciarlas, clasificarlas y darles una posición
más allá de lo que este cuerpo
percibe mientras camina y se pierde.

Tanta ropa puesta debe significar algo distinto
en este recorrido que ya empieza a ser habitual,
que ha logrado superar la justa numeración
de calles y carreras, y que no olvida aquellos
episodios de sol que vio durante tanto tiempo,
y que ahora –lo empieza a notar– se van sustituyendo
por bosquejos de otro sol en determinados lapsos del día.

Podría parecerse tanto pero no es igual, no puede serlo,
tampoco el giro que siente su pecho o el dolor
que allí mismo radica y no sabe diferenciar.

Otro escenario, luego de la crisis –otra etapa de la crisis–
trae abrigos obsequiados, sustituye ropas cortas por ropas largas,
acentos conocidos y otras maneras de insultar y de agradecer,
cambia cadencias habladas que no caen mal al oído.

El clima prescribe la tristeza o la esperanza
y la quietud que él va alternando tras cada cruce.

OMBLIGO PARA ESTA NOCHE

I

Juegas con tierra y haces casitas de barro.
Tragar el aire no te eleva
ni te hace más fuerte
así como la cuerda del asfixiado.
El sol siempre fuera de ti,
solitario desnudo.
Eres grande y cuelgas para los demás.
Te quedas por dentro, siempre iluminado.
Juegas con tierra como hombre.
La sombra
es oscura incluso si el sol la cubre.
Juegas con tierra y sacas sueños de ella.

II

Una caja vacía parece mi cuerpo,
un pozo con barro.

Tú me moldeas,
creas mi cuerpo,
lo formas sin recuerdos.

Venderlo así es más confiable.

III

Observo el tronco del árbol.
La madera arrugada ríe
porque no puede cambiar
su condición de estática madera.

Muevo el tronco en mi mente,
pero eso no es suficiente
para hacer feliz a alguien.

IV

Cállate,
todavía puedo echar raíces.

Estás vestida
con el traje de gala
sin pies
que camina en mi paz.

V

Soy mi amigo,
mi hermano,
descendencia
que apura mi partida.

Son pocos los espectadores
y a mi paso se hacen uno.

VI

Soplaba en la tierra
en esos abismos de arena.
A veces en clase me entretenía
con dibujos no muy distintos a mi vida.

La niñez,
esa pequeña pérdida,
no me reconoce.
Cuando me ve
voltea la mirada
o mira hacia el piso.

VII

Durante el día caen las naranjas,
algunas se precipitan secas y roídas.

Quiero parecerme a las naranjas.
Comerlas es un paso
para ser cada instante
un fragmento o tierra abonada.

Con ellas estoy encima de la lluvia.

PRIMITIVO

Habito una cueva que abre la boca
todos los días para albergar mi carne.
Afuera, existe un hogar más espacioso,
poblado de criaturas con dientes
y cuellos interminables,
escasos árboles y mucha sed.
Todos ellos me hacen sentir
un pedazo excesivo del paisaje.

En ocasiones, mis ideas van más allá
de la sobrevivencia y el instinto.
Más allá del acostumbrado acto
de cazar, degollar y deshuesar,
de recoger agua en esta vasija
que inventé hace cuatro soles.

Mi hogar es infinito y debe haber
alguien que haya inventado
el tamaño de las piedras
y el color de los animales.

Solo me limitaré a reconocer
un dios para cada cosa que vea.
A temerle a la noche.
A nombrar cada descubrimiento.

RUTINA

a Geraudí González

Ha comenzado la rutina.

Sigue un orden lógico: se levanta, tiende la cama,
enciende la hornilla del café,
calienta el agua para engañar al frío.
Ya su ropa está planchada y lista para entrar en la horma.

¿Pero, si invirtiera ese orden,
si levantara el café y una compañera imprevista
calentara la soledad,
y la cama, en eterno desorden de sudores,
se quedara sin tender para siempre?

PESCADO

Detrás de la cabeza y los ojos
aún queda un poco de carne.

Si tuvieras tiempo suficiente
entre cada bocado
harías un conteo de las espinas,
de las escamas que olvidaste desencajar.

Debes comer, no dejar sobras.
Imagina que el pez nadó hasta tu plato
olvidando su hogar debajo de las olas.
Imagina que se deshizo del sol,
de las algas,
que ya no va a desovar.
Alimenta tu carne con nueva carne.
El pescado está frito.
No temas.
Si no sangra no hay pecado.

ANDAMIOS

Los andamios elevan y sujetan.
Tu vida depende de su eficacia,
de que conserven la solidez
del equilibrio de los cables.

Te entregas al oficio de sostener
el cuerpo de quien trabaja en la altura.

Advierto tu silueta que se muestra
en el andamio.
Y la mano que se ajusta a la vida
y depende solo de las tablas firmes
que impiden la caída.

Eres el equilibrista;
quien limpia las ventanas, quien pinta,
quien coloca los ladrillos.
Crees ser el dueño de la elevación
y de la brisa de las palomas.

Dios es pura altura, dices, y dejas de temerle.

FRAGILIDAD

En momentos de ocio
tocas tu espalda. Es tan débil
la columna, esa culebra vertical
que permanece quieta
siempre, anudando tu cabeza
a la pelvis.

A veces sueñas que alguien
te da un golpe allí,
un golpe seco y preciso,
y mueres
sin darte cuenta.

A veces una mujer la recorre
con sus dedos
y simula que camina
a través de ellos.

Revisas las uñas, te sorprende
la media luna que brota desde la raíz;
las venas que trasladan sangre
sin descanso.

Qué fácil se le hace al cuerpo
trabajar en silencio, sostener
todos los órganos.

El cuerpo está hecho
para no durar,
para tocar y ser tocado.

CATA 2011

a Geraudí, juntos, en Bahía de Cata

Constatas que venimos de un clima
con pocas variaciones,
donde es posible que luego
de un sol aparezca otro sol:
el mismo, quizás, que sombrea la tez
y dora el ánimo o lo hace más apto para
saludar y sudar con paciencia pese a tanto calor.

Para nosotros, los que llegamos,
no se trata solamente de un apelativo,
de un nombre de mujer
o de alguna zona urbana.

Cata:
encuadro tu recorrido en los límites de mi vista
y obligo a los ojos a dar mucho más de sí mismos.
Allí está el azul claro que se repite en tu altura y en tus aguas.

La línea de arena que piso es larga
si la estiro desde una vivencia evocada.

EL PUENTE

En ambos extremos del puente
los remaches petrificados
inmovilizan las cuerdas.

Los paseantes no pierden el tiempo
en detallar los cambios que los años
han marcado en la estructura.

Es el mismo puente: no es necesario mayor
esfuerzo para nombrarlo de nuevo.
Fundado hace cincuenta años,
por personas que probablemente ya han muerto,
mantiene la utilidad de siempre:
debajo, el mismo río sin filosofía,
niños que juegan a ahogarse,
dos muchachos que se tocan escondidos
en la leve corriente para disimular el roce.

Los paseantes van de punta a punta con la
naturalidad acostumbrada.
No hay un asombro que les indique
una nueva interpretación.

PADRE

a Néstor Antonio

Padre, todos los días encuentro en mi bolsillo
piedras pulidas con tu nombre.
Tienen tus canas, volumen y dureza.

Desde hace años las encuentro fielmente,
pero nunca te lo había dicho.
Me sentía diminuto, mentira.

No te culpo por obligarme a mirar
las piernas del rocío antes de tiempo.
Limpias las aceras y los templos,
recoges las hojas del patio.
Dentro de tu dureza hay espuma y azúcar,
un miedo retorciéndose.
No te preocupes, prometo tender mi cama.

Tú no lo sabes, pero he inventariado tus ojos,
el brillo que tiembla en ellos,
durante el día.

PODÁLICO

a Griselda

Estoy tan a gusto
nadando en este líquido
prestado por mi madre.

A mi lado crece mi hermana.
Una misma bolsa
un mismo cordón
para ahorcarnos en esta complicidad.
Mi corazón aún está crudo,
el de mi hermana palpita su sangre
mejor que el mío.
Dios –o tal vez alguien más–
quiso que su frente mirara de cerca
el pubis de mi madre, y yo, el hígado.
Mi acompañante posee
ojos diferentes a los míos;
una mejor espina para su carne,
menos sal en sus lágrimas.

En este saco,
mirándole los pies,
saboreo el agua que nos penetra
por el ombligo.

MARÍA HERNÁNDEZ

María tiene ojos marrones.
Pelo lacio y negro;
manos que no alcanzan
para dar más de sí, aunque quieran.

El hogar de su niñez no fue derribado;
aún permanecen las paredes de barro y madera,
la jaula de las loras, el molino sin manilla.

En el patio donde creció había
muchos hermanos y matas de café,
una madre que criaba pájaros
en los bolsillos y molía semillas extrañas
para hacer infusiones.

Las paredes altas,
con manchas de juegos y accidentes,
siguen siendo gruesas.

María sonríe.
Crece por dentro.
Espera la otra mejilla de Jesús
con el temor necesario.

EL MITO DE MI ABUELA

a mi abuela Carmen

Mi abuela dice:

el pan de Cristo nunca se acaba.

Sin embargo, solamente le creo
cuando mi sueño se espanta,
y repito vueltas en la cama
sin descanso.

(A veces, olvida esconderse
para desenredar su pelo:
observo la extensión de sus años,
detallo el río de cabellos que huye de su cabeza)

Mi abuela dice:

Cristo no multiplicó peces
sino que redujo el hambre de los incrédulos.

Me aferro a esta creencia.

PASAJERO

El abrazo de los pasajeros
en este espacio limitado;
el abrazo accidental que nadie pide,
que llega como ofrenda.

Cuerpos extraños se acercan,
brazos que sujetan el acero,
hombres con sus viandas cruzadas en el pecho.

Hay un poco de inocencia
en estos perfiles:
algunos cierran los ojos
en un sueño momentáneo,
se dejan detallar, auscultar.
Sin que lo noten, prestan una mueca íntima,
un gesto breve.
Admiro a las personas que duermen
en el autobús, ofrendan el sueño y no lo saben.

El pasajero anciano y el pasajero joven
se encuentran en el mismo asiento,
comparten la misma ruta y no lo saben.
Se dejan llevar a otra avenida, para extraviarse,
mudar de una vez el trayecto establecido.

La mujer que anticipa su parada
se desplaza entre tantos,
rozan su cuerpo y nada dice.

El riesgo me ha hecho que mire a la cara,
ver qué hay en los ojos y así
anticipar la maldad dormida.
Gente buena me mira, en el bus, y escarbo
su costado amable, muy adentro.
La mirada serena cuesta mucho.
Repito una oración incompleta,
que me sirva de ángel, que salve el trayecto.

El semáforo es una buena excusa
para pensar en los trámites del día.
Es suficiente la transición
sin pausas del rojo al verde,
es mi casa la brevedad del amarillo,
los tres segundos
que unen ambos colores.

DÓCIL

Tus proporciones se mantienen fijas
y sobresalen,
como una manera de decir
que aún la belleza de las formas
merece las caricias del amante.

No deberías estar quieta en esa tabla.
Incluso debajo de la piel amoratada
se logra ver un cuerpo bello.

Una cantidad indeterminada
de puños se ensañó contigo.
Quebró la longitud blanca del hueso,
en partes que no pueden armarse de nuevo,
o que yo, particularmente, no sé armar.

Pero todo ya pasó; no temas,
tu presencia se ha vuelto dócil.
Lograron apaciguar tus quejas
con el batazo rotundo en la frente.

El primer golpe vino desde atrás.

No te diste cuenta de la succión
y del desorden de manos,
de lo que se alojaba adentro
(las caricias que nunca se pidieron
y aquella viscosidad repulsiva).

La mesa metálica, plancha fría,
para extender tu figura.
Todo debe permanecer ordenado:
las manos no desparramadas
o colgando su inmovilidad.
Hasta la desesperación requiere
de un cierto orden,
incluso tu cuerpo
que ya no sabe cómo respirar.

La horizontalidad toma espacio,
y ahora solo eres superficie.
Busco un culpable:
no hallo al criminal.
Hay cuerpo sin sombra movible,
pero no mano que golpea y extrae la vida.

Tu organismo debería estar de pie.
Se supone que el cuerpo horizontal
solo es digno en el amor.

BREVE ANATOMÍA

Temprano, antes de que despiertes,
abro la ventana, veo el árbol que tapa
el edificio de enfrente.
La construcción avanza
y rápidamente los árboles dejan de ser paisaje.
Las máquinas son grandes
pero no llegan a la altura de los cerros.

Dentro del cuarto,
todo lo que admiro duerme en mi cama,
tiene cuerpo delicado y menstruación.
Ese cuerpo duda,
se cuestiona, mira su cara
varias veces antes de maquillarse.
Por el hábito de amarla,
todo transcurre con poco esfuerzo.

La anatomía es asunto de percepción,
de cómo se vea lo que ella enseña y esconde.

RECTÁNGULO DE MADERA

El marco, más que el límite de la ventana,
incluso más que el rectángulo
que justifica ese hueco en la pared.

El marco digiere el paisaje para ti;
hace de lo vasto una pastilla de realidad
y hace posible el instante para ti,
que te embelesas
con la rutina matinal de la vecina,
la que cada mañana se mueve,
llena de fibras, como la madera,
encima del aparato de ejercicios.

PAN PANISCUS

Ojos fatigados. Están las rejas del encierro y la masa peluda de carne que se mueve, el animal, el primate. En la sucia y vieja placa se lee su nombre científico, *Pan paniscus*, aunque los paseantes insisten en llamarlo con un ridículo apodo. Su cara se escurre por entre dos barras verticales, su boca rosada se mueve lenta ante las manos extendidas que acercan migas o migajas. Algo en ellos y en nosotros de asombrosa similitud. *Flash*, el retrato del animal, la mímica prisionera que el fotógrafo-turista confunde con gestos humanos de congoja.

En el televisor, de pobre señal, señal robada, *Kong: La Isla Calavera,* y en otro canal un programa de Animal Planet.

Sigue el *zapping*:
las noticias,
los inventarios de muerte,
esterilización,
las despedidas.

Las escenas nocturnas oscurecen toda la pantalla. Ojos fatigados. Detrás de las rejas de la casa poco se distingue la masa de mi cuerpo. Es un bulto negro, de ojos fatigados.

PRISIONERO

Hay sólidos remaches y grilletes que me atan
a la cárcel de intemperie; candados que saltan
en todo mi organismo, cerrojos que rebotan
y nadie los detiene. ¿Los zamuros me rondan?

Estos pesados hierros de origen superior,
sujetos a mis pies que conocen del horror
y de las injusticias de aquel Dios sin valor,
¿Cuándo, Hermes, dejarán de socavarme el honor?

Arrojé fuego divino a los hombres de un día
y en sus cabezas emanó luz, sol y armonía.
No merezco los clavos ni la vil tiranía,
solo espero paciente la libertad tardía.

Olvidé posesiones: dejé atrás mi linaje,
mi escudo y mi blasón. La humildad del equipaje
es síntoma de entrega y no de ausencia o ultraje.
No le temo a la lluvia: ya se aclara el paisaje.

Aquel gran Dios desdeña a los hambrientos mortales.
Los maltrata y ofende con severos metales,
es un tirano altivo, rabioso y sin modales.
¿Quién será capaz de paralizar sus raudales?

Eres Dios enemigo de seres y criaturas
libres y soberanas; deseas y torturas
y no te importan sus vestidos y sus coronas.
Toda misericordia germina en ti a deshoras.

G.G

Pierdo en tu cama mi cuerpo de tela;
es un pulso que permite doblar
mis piernas y tus piernas sin piedad.
Tanta soltura, ofrenda y mucho vino

antes de que fluya el alivio blanco
y toda la cama sea tu cuerpo.
Todavía perdura el movimiento
que nos enlaza al orden de la cama,

ese orden tan complejo y amoroso
que aumenta la devoción de mi mano.
Hay distintas maneras de picar

en partes iguales los apetitos,
que sería sencillo digerirte,
así, lentamente, sin sufrimientos.

SEXTINA

Nuestro único país es esta tabla
rústica para sostener el pecho.
No debemos abandonar el monte
de la niñez, diseminar el centro,
borrarlo o anularlo con los dedos,
fundar un territorio con las uñas.

He mordido suficiente las uñas
en un acto de fe sobre mi tabla.
Quizá para saber que tengo dedos
semejantes a mi padre y su pecho.
No pretendo distanciarme del centro,
de nuestra pequeña región, del monte.

Me cansé de pisar el mismo monte,
amarlo, odiarlo, sobarlo: mis uñas
van más allá del predecible centro.
No sé, a lo mejor buscan otra tabla
que festeje, con nuevo tacto, el pecho.
Por eso ofrezco la arena en mis dedos.

Que se acabe el límite de los dedos
o que muera de lejos este monte.
Así será más placentero el pecho,
siempre dócil al tacto y a las uñas.
Lo descubro: aunque me arrime y mi tabla
sea mansa, siempre ocultas tu centro.

Lo que amo y admiro tiene su centro
en otra república, en otros dedos,
en una isla noble, con una tabla
áspera en la que escribo un nuevo monte:
es mujer de manos humildes y uñas
que me sostienen firmes en su pecho.

Volvería a la tibieza del pecho
materno (beber su leche del centro
más hermoso); libre, sobrio, sin uñas,
volvería a dividir con los dedos.
Derrotado no partiré del monte:
Mi herencia, mi país, será esta tabla.

Quien robe la tabla verá mi pecho,
y nacerá un monte más verde, centro
de mi amor; tendrá dedos y otras uñas.

XXI

Parca fue su partida, así tan
parca o quizá tan súbita como
el impacto de la muerte
empaquetada en forma de huevo
que devastó todo lo verde y todo
lo azul del cielo. Por eso ahora
todo es blanco. Todo tiene
el tono de la cal que cubre a
las mascotas olvidadas por
sus amos. Dicen que el descenso
no fue vertical. La ojiva se movía
con diversos ritmos; al horror
hay que darle su tiempo:
debe durar o hacerse sentir
con fuerza. Debe administrar
muy bien sus efectos. Las casas
perdieron sus colores, sus fachadas
cayeron como naipes en una mesa
que ha quedado, al fin, limpia,
diríase dormida. Un muro blanco.
Vino lo blanco, lo blanco.
Tiesos quedaron. Desde tierra
el artefacto tiene forma de huevo.
Es un ovoide metálico, líquido,
no se sabe. Tampoco se sabe si
viene tripulado con destrucción.
El día transcurre claro, no existe
la sospecha del descenso;

los paseantes siguen acumulando
las rutinas en pequeños y manejables
frascos de cristal, sin sospecha
alguna de la detonación. Aún no
llega la onda expansiva. Los cuerpos
aún no reciben el choque previo a la
desaparición. La ojiva aún no silba
su canto de muerte a los oídos vivos.
Hay un sonido seco, vibrante,
reservado a los últimos sobrevivientes.
Para ellos habrá un susurro de viento,
un golpe de aire, no medible, que les
dejará una breve sordera antes de
que sus cuerpos se tornen blancos,
puros al fin, inmaculados.

XX

¿Y si todo era una maniobra o un ensayo,
incluso un error? ¿Y si la ojiva llegó
equivocadamente, una estación antes
de lo previsto, hasta nuestros huesos?
Allí viene el huevo, el ovoide, la ojiva.
Allí viene con su forma líquida o sólida.
Su punta no permite sospecha
entre los paseantes; por eso miran
compasivamente el descenso, casi
amorosamente, la caída y el quebranto.
La mujer ve la caída, en su silla, que
se dobla; está sentada y en su silla
despacha cigarros y ofrece llamadas,
comunicación, contacto de oreja con
oreja en ese aparato mil veces usado
y amarrado con hilo o nailon o cuerda
para que la voz no se vaya, sea robada.
La mujer sentada, preferiblemente joven
y morena, delgada; así debe ser, delgada,
cabello lacio, camisa pegada, ajustada
debe tenerla así, como su pantalón,
no propiamente jean sino tela flexible,
pegado, *leggins* que delinee piernas
y que enseñe la flacura, con estampados
o simplemente oscuro; y arriba, el pelo
o cabello, recogido, con peineta,
con moñera. Qué hermosa su pobreza.

XVIII

Este es el sitio de los desafectos.
Hubo tiempo, desde luego, para el suicidio.
Las navajas fueron utilizadas para
interrumpir el curso de la sangre.
Los balcones sirvieron de acantilado.
Algunos eligieron la breve soledad
de una habitación, lejos de hijos,
de esposa, lejos de madre y padre,
para la decisión definitiva. Eso era todo.
No se puede creer que el descenso elegante
del huevo provoque esta actitud de efigies.
La saciedad no significa la anulación del hambre,
no siempre quita el silbido de los estómagos,
estos estómagos, aquestos estómagos vacíos,
están vacíos, muy vacíos, estos estómagos
de los espectadores de todo lo que cae en forma
ovalada, otra vez, esta vez, el ruido y las tantas
formas de perder la vida con una sola detonación.
El hambre no era ganas de comer
sino la tristeza de estar solo y hambriento.
La rebelión de bolsas abiertas y dispersas
en el camino que no parece llegar a ningún lado,
salvo a otras bolsas igual de abiertas y dispersas.
Y los que buscan y encuentran son tan iguales
a los que no buscan y no encuentran nada, salvo
algún fragmento o vestigio que resguarde un
bocado a la hora del almuerzo o la calma ya
resignada de buscar una botella para llenarla

y agitarla con ambas manos para que desprenda
ese sabor que abajo se aloja, sabor rojo de salsa
olvidado allá abajo, en el fondo, añejo, sin barricas.
Somos tubérculos, llevamos encima la tierra
y las raíces, sucias, bastante escuálidas
para correr, no dan las piernas para correr,
no dan las piernas para caminar, no dan para amar.
Somos tubérculos: deberíamos serlo por el consumo
infrecuente; la piel se endurece, la piel es oscura, de yuca,
terrosa, tiene el color de los objetos enterrados, aquellos
objetos que crecen ocultos, con raíces, muchas,
peludas, brazos pequeños, alargados, que crecen
para sujetarte al suelo, para no irse, para morir aquí.

XVII

Más cal para los muertos; una pala más de cal,
de su blancura que detiene el avance de los
olores, que disimula la peste con polvo blanco,
momentáneamente, pero no impide que surja
el coro de larvas y de las alas que transforman
lo que alguna vez fue un bello organismo.
Los cuerpos estaban quietos y en fila india,
en filas numeradas, con brazos marcados,
por orden de llegada o por orden del caos
o por quien sea capaz de decir quién va en
la punta o quién va en la cola, de último.
Casi daba lo mismo quedarse en casa, cómodos,
o en algún vagón o vagando y quizá calmando
el hambre, domándola, amaestrándola en la
búsqueda de la saciedad; ojalá llegue la ojiva
y calme, y acabe, a lo mejor, esta hambre.
El hambre también era una bola y rodaba.
El hombre también busca cómo irse
y solo encuentra una opción en la caída.
El hombre decide, no le queda otra opción,
que buscar consuelo desde un alto piso.
No quisiera que cayeras desde arriba, solo,
sin nuestras manos sujetas a las tuyas
para persuadirte de que tu caída irreparable
no debe ser como la de la ojiva; no caigas,
amigo mío, no caigas, que la vida también
puede vivirse luego de este daño heredado.
Tan cansados estamos, tan aferrados a esta

quietud de cosa próxima a la despedida.
El cuello duele, alguna parte debe estar
dormida, medio muerta, desanimada, ansiosa,
sudorosa, confundida, con ganas de ver otras
maneras de sentir la aparición o la desaparición.

I

Y no tanto la muerte sino la pérdida
de todo temor a morir. Y no tanto
ser aplastado o convertido en quietud
blanca sino el convencimiento de
vivir sin motivaciones reales; sin
miedo iban a buscar motivos para
no morir y justificar la monotonía
de la búsqueda incansable; seguían
viendo el pecho al aire, pequeño,
en lactancia materna, y en esa mínima
boca de niño que chupa el pecho
y los paseantes que miran la succión.
No se logró registrar las maneras de
aniquilar. La onda expansiva duró
tanto y tan sostenida fue su trayectoria
que la muerte llegó y se ajustó a la medida
de todos los zapatos roídos, cansados
de tantos pasos alrededor de la ciudad,
en búsqueda tenaz y bastante agotadora
de esos globos que de la ojiva caían, no se
sabe si bolsas nutricias o vacías pero muy
aptas para la asfixia de todos.
Ninguna escoba
pudo barrer tanto
polvo blanco del suelo.
Del cielo nadie pudo
atajar la caída del fuselaje
y su inestable movimiento.

Al fin cayó la ojiva
y calló a quienes aún
gritaban. Ojalá hubiese
quedado algún
superviviente
para contemplar
este paisaje de cal,
lienzo sin matices,
solo figuras
blancas, enflaquecidas,
que si se tocan
se desploman
y generan una
nube de fino
polvo,
más bien
ce
ni
zas.

SIMULACRO

I
Pasífae

Dédalo, apresúrate. En ti confío. En ti reside mi seducción. Necesito cuero y ubres: hocico y orificio conveniente para su embestida. Madera y carne. No puede fallar el simulacro. Me urge, Dédalo; siento que mis piernas se endurecen y en mis pies resuena ese sonido áspero de cascos. Anatomía salvaje para él, olor de su familia para él. Mis dedos se acomodan a estos pares de pezuñas. Entro en la vestidura. Calzo. Nadie diría que no soy animal. Lo he engañado. Allí viene. Siento el trote en mi quietud inclinada. Me huele, Dédalo. El toro me huele. *Sus cuadro patas, bajan; su testa erguida, sube*. La unión sucede.

II
Dédalo

Las piezas están dispuestas. He tallado cada hueso. Aquí la tienes: la superficie de vaca, casi de vaca. Se ve como vaca. Sacrifiqué a un animal para retirar su piel. Fino tallado, clavos. Un golpe de martillo te acerca al órgano del toro. Entrarás en esta ropa hecha para la confusión y el acople. *Yo comprendo el secreto de la bestia*. Tan perfecta es mi creación que casi trota y pasta en el paisaje. Tanto se asemeja a la vaca que un pastor la confundiría en su rebaño. Una vaca sin tripas ni estómagos. Tú serás las entrañas; tu desnudez blanca, disimulada en esa ropa, lo recibirá.

ESPERA

I
Penélope

En las horas claras, avanzo; en las oscuras, deshago. Podría dibujarme sosteniendo a Telémaco, aún lactante; a ti, detrás de una res de labranza; y a un árbol deshojado. Mi habitación es el taller de la artesanía inconclusa. Dos criadas me ayudan. Solo ellas conocen mi ardid. El sudario de mi suegro me permitirá prolongar el oficio de esperarte. Perfumo la tela con fragancias de pétalos secos.
Tu partida te ha llevado a aguas extranjeras, agitadas por la orden de Zeus, pero también te acercará al pecho bronceado de la ninfa. He mirado a los hombres que destajan nuestros cerdos y beben nuestro vino. Jóvenes y viejos príncipes me pretenden, miran mi túnica y desean verme sin ella. La espera no me ha hecho menos atractiva: los espejos me devuelven un perfil deseable.

II
Anfínomo

Los pretendientes se juntan una vez más para la orgía. Desde hace meses residen en el salón interior. Se divierten molestando a tu hijo: prueban su valentía con lanzas y humillaciones. Todos, excepto yo, traen acompañantes. Las gozan de pie, apoyados de los pilares. Las penetran en los alrededores de la fuente. Allí mismo se enjuagan y defecan. Criminal, actitud criminal. No puedo negar que la reina de Ítaca me ha traído hasta aquí; el aislamiento aumentó su luz: quiero encender la linterna que Odiseo apagó por casi veinte años.

FE DE VIDA

a Víctor Manuel Pinto

I
Egeo

Más allá de mis pies en el acantilado, en algún momento, quizás ahora mismo o dentro de dos meses, debería aparecer la vela blanca que anuncie el desembarco.
Soy viejo y mi única victoria será su retorno.
Voy cada noche al precipicio, dejo mis sandalias a un lado, lo suficientemente cerca para no extraviarlas, para no perder mis pasos en la oscuridad: no hay distinción entre mi espalda encorvada y la inmensidad marina.
No olvides, Teseo, el significado de las telas: el negro aniquilará mis esperanzas y el blanco ondeante será tu fe de vida.

II
Teseo

Recorrí los pasillos repetidos. Con una mano sostuve el hilo, y con la otra, los muros, antes de llegar a la espalda del Minotauro.
Por fin verás el orgullo en las manchas de mis manos. En los viajes y en los enemigos caídos. En las mujeres deseadas y olvidadas en indeterminados puertos.

Cumplí un itinerario para saldar una deuda. Ahora ya lo ves, padre, al fin soy un hombre: he amado y asesinado. Varias semanas de navegación me separan de tu abrazo.

El cielo, después de la huida del sol, tiene el mismo color que estas aguas, una gran mancha oscura que no se termina. Pero es perfecta en su uniformidad, no permite diferenciaciones.

¿Qué habrá detrás de cada capa negra, de su interminable monotonía de olas y pensamientos ambiguos en las cabezas de los tripulantes?

DIÁLOGO DE CÉRESE Y PRIMIÓN

Cérese — El derrumbe se ha vuelto hábito. Ceden las estructuras que antes nos podían sostener. Se tambalean las columnas, se ensucian las imágenes. Ahora solo existen montículos de yeso ¿Qué cosa nuestra quedará para el disfrute de los ojos venideros?
Primión —La huida.
Cérese —La suciedad, repartida en todas las calles, en todas las innumerables fachadas, se mantiene. Es lo mismo subir que bajar: el cansancio permanece. La piedra no es menos pesada en el descenso. Sigue su curso, rueda. Solo le interesa rodar. De nada sirve esquivarla, la piedra embiste nuestras sombras.
Primión —De la piedra, haz ladrillos para tu nuevo hogar.
Cérese —Ya no deseo hogar en este suelo. No vale la pena levantar bloque tras bloque si el peligro viene de arriba, de abajo y de nosotros mismos. El miedo es ciudadano.
Primión —Vayamos despacio. El ritmo de tus latidos no debe ser mayor que el del anciano. Aprende de su viejo corazón: pulsaciones serenas, leves, interrumpidas por el último latido antes de cerrar los ojos.
Cérese —Nuestros corazones palpitan como los que van a ser ejecutados. ¿Acaso el que está inclinado, en espera del hacha, puede estar sereno?
Primión —El que será ejecutado no le teme tanto al hacha o al verdugo que la sostiene ¿No ves su posición? Su postura es la del sueño, sus ojos miran el barro. Le teme a la espera, o mejor, a la expectativa del movimiento muscular que le quitará la vida. Sabe que vendrá el golpe, minutos, segundos después.
Cérese—Nuestros males se duplican. El homicida que nos persigue permanece en todas las estaciones.

Primión—Estás en lo cierto y no es mi intención refutarte. Has visto de cerca las dimensiones del pánico. No debemos cambiar muerte por otra muerte. Refúgiate, si puedes, entre uno y otro escombro, que tu cuerpo no se calcine y tampoco estalle si decides lanzarte al abismo.

Cérese—Usted tiene la vejez y la sabiduría como inquilinas; sus armas ya no penetran cuerpos enemigos, su escudo se jubiló, y su esposa, lamentablemente, le dio el solitario estatus de la viudez.

Primión—Todo eso que dices no es tragedia sino experiencia. Eres joven, aún no alcanzas la edad del arrepentimiento; la guerra, aunque longeva, nos permite conocer nuestras limitaciones y posibilidades. Y no estoy justificando la sangre derramada por voluntad de los autócratas.

Cérese — ¿Qué intenta explicarme, Primión? Esta época oscurece las ideas y no las distingo de los desperdicios que, para horror nuestro, comen muchos hermanos.

Primión— Te entiendo. Yo también hago grandes esfuerzos para limpiar el huerto en el cual transitan mis acciones. La maleza crece tanto como la estupidez.

Cérese — Primión, ¿no ves el temblor en mis manos? Podrían aquietarse con la piel de mi mujer. Ella permanece con sus padres, con los taliones. Yo vine a fundar herencia para ella y mis dos hijos. Mira lo que he logrado: veo la caída de esta ciudad y crecer mi aislamiento. Exportamos muerte. Los jóvenes mueren o se van.

Primión — Tu mal es el mismo mal que todos llevan en sus sacos, el desayuno que a veces está en nuestras mesas.

Cérese — La maldad no envejece. Siempre tiene a su alcance un cántaro de juventud que la renueva. Un cuerpo tendido para poseer en las noches, o en los matorrales; jóvenes mujeres, Primión. Y muchos alimentos sanadores. Tengo todos los argumentos para hacer del odio mi propio dios.

Primión —No me interesa adorar resentimientos, ni hacer altares o figurillas de bronce con la desgracia. Dejémosle esa tarea a quienes nos someten.

Cérese — ¿Es, acaso, prueba ejemplar de tu compasión?

Primión —Solo se trata de llaves y de puertas.
Cérese — Me parece absurdo o, al menos, poco creíble. Los reyes tienen todas las llaves. Y con respecto a las puertas, están selladas con bloques y cerrojos. Todo esto me encorva el ánimo ¿Cuántas abrir? Tus palabras ocultan, Primión.
Primión —Dos grandes puertas existen. Dos únicas llaves: la del nacimiento y la de la muerte. Fueron hechas en los talleres de los dioses. Si queremos más puertas y más llaves debemos forjarlas. Somos cerrajeros. Cada hombre tiene un número de llaves: las que necesita, las necesarias para hallarse entre hombres.

CONTENIDO

Prólogo **11**
T40 (del sur al norte de Bogotá) **15**
Ombligo para esta noche **16**
Primitivo **19**
Rutina **20**
Pescado **21**
Andamios **22**
Fragilidad **23**
Cata 2011 **24**
El puente **25**
Padre **26**
Podálico **27**
María Hernández **28**
El mito de mi abuela **29**
Pasajero **30**
Dócil **32**
Breve anatomía **34**
Rectángulo de madera **35**
Pan Paniscus **36**
Prisionero **37**
G. G **38**
Sextina **39**
XXI **41**

XX **43**
XVIII **44**
XVII **46**
I **48**
Simulacro **50**
Espera **51**
Fe de vida **52**
Diálogo de Cérese y Primión **54**

NOTAS

Seshat
Ediciones

Esta obra se terminó de editar
en el mes de mayo de 2021
Libro digital gratuito
Tipografía: Garamond 12 puntos
Editorial Seshat
Tierradentro, Cauca
Tels: 3104821715
Páez- Belalcázar - Colombia

Comparte esta edición
y haz que la poesía llegue a todo el mundo.

SESHAT
Editorial

OBRA ABIERTA

SESHAT
Editorial